

Jn 11,1-45

Tercer escrutinio pre-bautismal

El Evangelio de este domingo nos presenta el más grande de los signos realizados por Cristo: la resurrección de Lázaro. Es la última de las "obras de Dios" que Jesús realiza. Se relaciona con la curación del ciego de nacimiento, que comentábamos el domingo pasado, porque en ambos casos Jesús se refiere al tiempo de que dispone aún para realizar estas obras. Antes de la curación del ciego Jesús dice: "Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar" (Jn 9,4). Y ahora anuncia a sus discípulos su decisión de volver a Judea, a pesar del peligro, asegurándoles que aún le queda tiempo: "¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él". Tiene tiempo para obrar la resurrección de Lázaro, porque aún no ha llegado su hora. Pero cuando haya llegado su hora (cf. Jn 13,1), ya no habrá más tiempo porque entonces será de noche. Por eso, cuando sale Judas del lugar donde se había celebrado la última cena, con la decisión de entregarlo, el evangelista observa: "Era de noche" (Jn 13,30).

La resurrección de Lázaro es el último de los relatos con resonancia bautismal que nos comunica el IV Evangelio. Por eso se lee en este V Domingo de Cuaresma para el tercer escrutinio de los catecúmenos que recibirán los sacramentos de la iniciación cristiana en la próxima vigilia pascual. La resurrección de Lázaro es una representación de lo que ellos vivirán en ese momento. Cada uno de ellos debe sentirse identificado con Lázaro. Sin tener que esperar el último día, ellos serán llamados ahora, "cada uno por su nombre", a una vida resucitada como la de Cristo, al escuchar la orden: "¡Lázaro, sal fuera!".

Marta y María, las hermanas de Lázaro, mandaron a Jesús este mensaje: "Señor, aquel a quien tú quieres está enfermo". Así describen a Lázaro. Entonces Jesús dice: "Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". La gloria de Dios y la glorificación del Hijo de Dios coinciden; ella consiste en que el hombre pueda gozar de la plenitud de vida que le comunica Cristo resucitado. En efecto, Jesús define su misión en relación a la vida: "He

venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10). Se refiere a la vida divina que se engendra en quienes acogen a Cristo y creen en él, como lo declara el Prólogo del IV Evangelio: "A cuantos lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre" (Jn 1,12). Cuando el hombre, por este nacimiento que lo hace hijo de Dios, posee la vida divina, entonces experimenta en sí la gloria de Dios, entonces puede decir con el evangelista: "Hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14).

Jesús asegura: "Esta enfermedad no es de muerte". Pero dos días después afirma: "Lázaro ha muerto". Y no parece afectarle; al contrario, lo considera motivo de alegría: "Me alegro por vosotros de no haber estado allá, para que creáis". Luego se refiere a Lázaro como si estuviera vivo, diciendo a sus discípulos: "Vayamos donde él". Su objetivo no es ir a consolar a las hermanas por la muerte de su hermano, sino ir a encontrar a Lázaro, llamado por Jesús "nuestro amigo".

Jesús llega a Betania, el pueblo de los tres hermanos, cuatro días después de la muerte de Lázaro. Había allí muchos judíos venidos de Jerusalén; pero ellos sí que "habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano". Ellos consideran que ante la muerte de Lázaro no hay nada más que hacer. Marta y María coinciden en decir a Jesús: "Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano". Todos le reconocen poder de sanar a los enfermos; pero ante la muerte... Algunos dijeron: "Éste que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera?". La convicción es que habría podido impedir que Lázaro muriera, pero ahora ¿qué puede hacer? Después de cuatro días el muerto ya había empezado a descomponerse.

Marta ciertamente sabe que en la historia de Israel algunos profetas resucitaron un muerto (es el caso de Elías y Eliseo), y expresa esta confianza: "Aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá". Pero la comparación no rige, porque Jesús es otra cosa. Él mismo es la fuente de la vida. Él había enseñado: "Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere... Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo" (Jn 5,21.26). Por eso rectifica la idea de Marta declarando: "Yo soy la resurrección y la vida". Pero

la vida se comunica, sólo si encuentra fe. Por eso pregunta a Marta: "¿Crees esto?". Y ella formula una confesión de fe maravillosa: "Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo". Esta es una fórmula de fe bautismal. A los catecúmenos se les preguntaba: "¿Crees que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios?". Y, cuando ellos respondían: "Creo", eran sumergidos en el agua y nacían así a la vida divina. En esta fe Jesús resucitó a Lázaro. La conclusión de todo el episodio es la fe en Cristo: "Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que Jesús había hecho, creyeron en él".

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción